

## A. Casado da Rocha, *Casa de cambios. Activar nuestras capacidades transformadoras siguiendo a Henry D. Thoreau, Martha Nussbaum y Otto Scharmer*, Barcelona, NED, 2022, 158 pp.

Mikel Torres Aldave  
Universidad del País Vasco ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.101488>

En este libro, el filósofo y profesor de la Universidad del País Vasco (UPV/EHU) Antonio Casado da Rocha nos invita a reflexionar sobre una cuestión fundamental: el cambio. En cierto modo, dado que incorpora una carta abierta a Jorge Riechmann, la respuesta a esa carta y un epílogo del propio Riechmann, el libro es un intercambio de ideas entre ambos autores sobre las transformaciones, individuales y colectivas, que debe impulsar la universidad pública para afrontar con éxito la crisis ecosocial presente. Así pues, el libro es también en buena medida un libro sobre el papel que debería jugar la educación universitaria en nuestra sociedad.

La idea principal de Casado en el libro es que, para abordar con éxito los cambios constantes que el mundo moderno impone, ya sea en términos ecológicos (calentamiento global), sociales (desigualdad) o políticos (polarización), debemos activar nuestras “capacidades transformadoras”, para lo que utiliza ideas de Henry D. Thoreau, Martha Nussbaum y Otto Scharmer.

El libro comienza explicando tres ideas principales del transcendentalismo, el movimiento filosófico, político y literario estadounidense de mediados del s. XIX en el cual suele inscribirse a Thoreau (p. 14): (1) no hay cambio social sin cambio personal; (2) no hay una divinidad externa a la naturaleza; y (3) no hay separación entre lo micro y lo macro. Asociadas a estas ideas, vendrían unas prácticas específicas: “el rechazo al *statu quo* académico, político y económico, pero también la apertura hacia otras tradiciones de pensamiento, y la reorientación hacia los procesos (mentales, relacionales, históricos) que originan nuestra percepción de las cosas. En definitiva: una actitud de transformación radical, movida por cierta sensación de que la sociedad moderna se estaba desbocando.” (p. 14).

El libro se ocupa de la educación, dado que “[l]a educación es la experiencia transformadora por excelencia” (p. 19). Casado sostiene que debemos cambiar el sistema y que ello implica modificar nuestra percepción, para lo que debemos extender el aprendizaje, que se entiende como una tarea cooperativa comunitaria.

El primer capítulo del libro, inspirado por *Walden* de Thoreau (el libro es también, en cierto modo, una guía de lectura de *Walden*), aborda lo que Casado denomina “la cuestión C”, que vendría a ser las consecuencias negativas del Capitalismo como sistema económico basado en el crecimiento ilimitado. Dos consecuencias negativas del capitalismo serían el calentamiento global y la explotación de la naturaleza. Frente a esto se proponen dos soluciones: el reajuste de nuestros deseos (“aprender a vivir con menos y así poder vivir más y mejor” [p. 24]) y el derecho a investigar (“buscar soluciones con rapidez y socializar lo antes posible el conocimiento que genere la experimentación” [pp. 24-5]). Así, se persigue “democratizar la generación de conocimientos que nos capaciten para transitar de manera más justa y segura hacia sociedades sostenibles.” (p. 36).

Después, siguiendo a Riechmann, se presentan “las tres preguntas claves de la ética” (p. 42): (1) ¿cómo me vinculo contigo?; (2) ¿quiénes somos nosotros?; y (3) ¿cómo nos desenvolvemos en Gaia? Casado liga estas tres preguntas con tres problemas identificados por Scharmer (pp. 42-6): (1) la brecha ecológica: incapacidad de unir lo micro y lo macro, es decir, no ser capaces de entender que formamos parte de la naturaleza y relacionarnos con el medio ambiente de forma exclusivamente instrumental (calentamiento global); (2) la brecha social: desconexión entre yo y el otro, a saber, la ausencia de empatía entre las personas (desigualdad y polarización política); y (3) la brecha espiritual/cultural: no desarrollar nuestras capacidades ni atender a nuestros deseos (infelicidad y autodestrucción).

Con el fin de intentar superar estos problemas, el autor recurre a ideas de Nussbaum para pensar cómo podemos transformar el miedo en esperanza (pp. 48-50), para lo cual, aparte de las buenas relaciones con la familia y las amistades, las artes, el pensamiento crítico, los grupos religiosos, los grupos de solidaridad (políticos), pensar sobre la justicia y un servicio civil nacional podrían resultar útiles. Llegados a este punto del libro es donde Casado propone una onceava capacidad (o meta-capacidad) a añadir a la lista de diez capacidades centra-

les que Nussbaum ha venido proponiendo (p. 54): “*Transformación*. Ser capaz de transitar del presente actual al mejor futuro posible (en términos de las diez capacidades centrales).”

Casado pregunta a continuación a Riechmann qué capacidades debería priorizar un programa educativo universitario para abordar los retos personales, sociales y ecológicos de la próxima década (p. 58), a lo que este responde que las seis capacidades que debería fomentar la universidad deberían ser aprender a morir, saber luchar con tenacidad e inteligencia contra el capitalismo, reaprender el trabajo manual, construir comunidades viables, cultivar el amor al extranjero y practicar el pensamiento no antropocéntrico (p. 60).

Elaborando la propuesta de Riechmann, Casado describe seis sub-capacidades para la transformación que conformarían la undécima capacidad central que propone (pp. 69-120): (1) cultivar comunidades viables (crear un nosotros); (2) acoger lo extraño (curiosidad); (3) dejar ir y dejar venir (aceptar y fomentar los cambios); (4) juntar la voz y las capacidades de muchas personas (multidisciplinariedad); (5) adaptar y desarrollar prototipos (nuevas ideas); y (6) pensar fuera del marco (pensamiento crítico e imaginación).

Más allá de las muchas buenas ideas y argumentos valiosos que encontramos en el libro, son destacables también la originalidad, la creatividad y el eclecticismo del que hace gala el texto, tanto al relacionar autores tan diferentes como Thoreau, Nussbaum y Scharmer, como al incorporar distintas clases de textos (comentarios sobre Thoreau, cartas, reflexiones sobre experiencias propias, proyectos artísticos/museísticos, imágenes, etc.). El libro se lee y entiende muy bien, lo cual no es un logro menor en un libro de filosofía tan ecléctico. Sin embargo, a pesar de sus muchas virtudes, el libro presupone y/o defiende algunas tesis cuestionables.

Un modelo simple de cambio, tanto a nivel individual como social, podría ser el siguiente: establecer el resultado que se desea alcanzar en el futuro, realizar un diagnóstico del estado actual y proponer un camino para pasar del estado actual al estado futuro deseado. Los tres puntos quedan poco determinados en el texto.

Por ejemplo, el libro asume de partida la idea de que el capitalismo es insostenible y que en la actualidad nos enfrentamos a una situación de colapso, social y natural, porque hemos superado con creces el consumo de recursos que haría habitable el planeta. Este sería el diagnóstico del estado actual. Sin embargo, aparte de que no se explica a qué se alude con el concepto “capitalismo” (no creo que sea lo mismo España que Noruega o EE.UU.), este punto de partida debería justificarse. Podemos llenar una biblioteca entera con los males del capitalismo, pero otra igual de grande con sus beneficios. En general, aunque obviamente existen problemas graves en el mundo que debemos intentar solucionar (los sufrimientos extremos de humanos y animales, por ejemplo), en muchos indicadores sobre el bienestar (riqueza, salud, esperanza de vida, educación, democracia, etc.) nuestro mundo parece mucho mejor de lo que lo era antes de la Revolución Industrial<sup>1</sup>, al

menos para los seres humanos. Desde luego, esto no significa que no deba criticarse el capitalismo, no haya que abordar los problemas que origina el crecimiento económico o no debamos aspirar a una sociedad mejor, pero yo tendría cuidado con aceptar diagnósticos pesimistas extremos sobre el presente y el supuesto colapso social y ecológico al que nos enfrentamos en el futuro más o menos inmediato. Después de todo, si nos enfrentamos al colapso de la civilización, ¿qué políticas autoritarias no estarían justificadas para evitarlo?

Otras dudas que genera el libro consisten en que no dice demasiadas cosas concretas sobre los puntos de llegada que se desean alcanzar, es decir, sobre el tipo de sociedad que se desearía construir o la clase de individuos que sería deseable que salieran de las universidades. ¿Cómo es una sociedad “sostenible”? ¿En qué sentido vamos a vivir mejor con menos? No queda claro. El comercio, la división del trabajo y la innovación han disparado la productividad, lo que nos ha llevado a vivir en un mundo mucho más rico y a disfrutar de ventajas (alimentos, vestuario, casas, vehículos, herramientas de comunicación, etc.) que no podían siquiera soñarse antes de la Revolución Industrial<sup>2</sup>. Una idea presente en casi cualquier manual ortodoxo de introducción a la economía sostiene que el crecimiento económico lleva al aumento de la riqueza y la calidad de vida, reduce la pobreza, aumenta la creación de empleos, fomenta la innovación tecnológica lo que aumenta la productividad, mejora las infraestructuras y reduce la conflictividad social. Aunque no hay una conexión causal necesaria entre el crecimiento económico y estos beneficios, estos parecen muchos beneficios como para tomárselos a la ligera. Así pues, uno esperaría una propuesta algo más específica que el deseo de una sociedad “sostenible” antes de arriesgarlos a perder estas ventajas.

Finalmente, más allá de la idea de que debemos activar nuestras capacidades transformadoras y del papel que la educación universitaria puede jugar para ayudar al estudiantado a desarrollar las seis sub-capacidades importantes para enfrentarse a los cambios, el libro nos ofrece pocas pistas sobre el modo en que debemos transitar del estado actual al futuro deseado. Así, la propuesta a favor del decrecimiento es interesante por supuesto, pero no se explica el camino para pasar de un modelo económico basado en el crecimiento a uno basado en el decrecimiento. Desde luego, va a costar convencer a los gobiernos y a la gente de que debemos abandonar el ideal del crecimiento económico y de que tenemos que acostumbrarnos a vivir con menos. En este sentido, el libro no realiza propuestas concretas para impulsar cambios sociales o individuales que lleven a una sociedad más sostenible. Esto no tiene por qué ser negativo claro, dado que deja abierta la puerta a diferentes opciones políticas/vitales y puede así suscitar un mayor consenso entre lectores con diferentes ideas políticas y distintos modos de vida.

Casado nos dice que “hay muchas maneras de profesar o hacer filosofía, en la universidad y fuera

<sup>1</sup> S. Pinker, *En defensa de la Ilustración. Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso*, Barcelona, Paidós, 2018.

<sup>2</sup> F. Mochón, *Economía. Teoría y política*, Madrid, McGraw-Hill, 1993, pp. 609-611.

de ella, y la mía tiene que ver con la concreción de formas de vida más que con el análisis del lenguaje y la experiencia moral, o con la síntesis de principios abstractos para guiar la acción. En ese sentido, para mí hacer ética es imaginar formas buenas de vida, no tanto como utopías más o menos realizables, que suelen ser proyectos a gran escala, sino como experimentos en lugares familiares, en el terreno acotado de una profesión, una afición o un oficio,

de una práctica” (p. 121). El libro es una excelente ilustración de esta forma de entender y practicar la ética, la filosofía política y la filosofía en general. Y, a pesar de mis dudas sobre algunos presupuestos y ciertas ideas, solo puedo recomendar el libro a todo lector interesado en la filosofía, la ética, la política y las ideas de autores como Thoreau, Nussbaum, Scharmer y/o Riechmann. Una lectura tan agradable como estimulante.